

te a la señora de Chateaubriand a París, y ordené el manuscrito contra la proposición Briquerville sobre el destierro de los Borbones, proposición que fué tomada en consideración en la sesión de la Cámara de Diputados del 17 de septiembre de este año de 1831: unos asocian su vida al triunfo y otros a la desgracia.

De regreso a París el 11 de octubre, publiqué mi folleto a fines del mismo mes. Se titulaba: *De la nueva proposición relativa al destierro de Carlos X y de su familia, o continuación de mi último escrito: De la Restauración y de la Monarquía electiva.*

Cuando estas *Memorias* póstumas vean la luz pública, ¿se tendrán en algo la polémica diaria, los sucesos por que se apasiona uno en los momentos actuales de mi vida, los adversarios contra quienes luché, y hasta el acta del destierro de Carlos X? Este es el inconveniente de todo diario: se encuentran en ellos discusiones animadas sobre objetos que han llegado a ser indiferentes: el lector ve pasar como sombras una porción de personajes cuyos nombres no retiene siquiera: figurantes mudos que llenan el fondo de la escena. Sin embargo, en estas partes áridas de las crónicas es donde se recogen las observaciones y hechos de la historia del hombre y de los hombres.

Puse primero, al comienzo del folleto, el decreto propuesto sucesivamente por los señores Baude y Briquerville. Después de examinar los cinco partidos que se podían tomar después de la revolución de julio, decía:

«El peor de los períodos que hemos atravesado parece ser el presente: porque la anarquía reina en la razón, en la moral y en la inteligencia. La existencia de las naciones es más larga que la de los individuos: un hombre paralítico queda a veces postrado en su cama muchos años antes de desaparecer: un pueblo enfermo permanece mucho tiempo en su lecho antes de expirar. Lo que faltaba a la nueva monarquía era impulso, juventud, intrepidez, volver la espalda al pasado y marchar con Francia al encuentro del porvenir.

»De esto no se cuida, y se ha presentado flaca y debilitada por los doctores que le suministraban remedios. Ha llegado en estado lastimoso, con las manos vacías, sin nada que dar y teniendo que recibirlo todo, haciéndose la pobrecita,

pidiendo gracias a todos, y, no obstante, huraña, declamando contra la legitimidad, pero remedándola contra el republicanismo, y temblando ante él. Este sistema barrigudo no ve enemigos más que en dos oposiciones a quienes amenaza. Para sostenerse se ha formado una falange de veteranos reenganchados: si llevarán tantos blasones como juramentos han hecho, tendrían las mangas con más listas de colores que la librea de los Montmorency.

»Dudo que la libertad se complazca, durante mucho tiempo, con esa olla de monarquía doméstica. Los francos habían colocado esa libertad en un campamento, y ha conservado entre sus descendientes el gusto y el amor de su primera cuna: como la antigua dignidad real, quiere ser levantada sobre el pavés, y sus diputados son soldados.»

De este argumento paso a los detalles del sistema seguido en nuestras relaciones exteriores. La falta mayor del congreso de Viena es haber puesto a un país militar como Francia en un estado forzoso de hostilidad con los pueblos limítrofes. Hago ver todo lo que los extranjeros adquirieron en territorio y poder, y todo lo que podíamos recobrar en julio. ¡Gran lección! ¡Prueba palpable de la vanidad de la gloria militar y de las obras de los conquistadores! ¡Si se formara una lista de los príncipes que han aumentado las posesiones de Francia, Bonaparte no figuraría en ella; Carlos X ocuparía, por el contrario, un puesto notable!

Siguiendo de uno en otro raciocinio, llego a Luis Felipe: «Luis Felipe es rey— digo—; lleva el cetro del niño cuyo inmediato sucesor era; de ese pupilo que Carlos X confió a las manos del lugarteniente del reino, como a un tutor experimentado, depositario fiel y protector generoso. En ese palacio de las Tullerías, en vez de un lecho inocente, sin insomnio, sin remordimientos, sin apariciones, ¿qué ha encontrado el príncipe? Un trono vacío que le presenta un espectro decapitado, llevando en su mano ensangrentada la cabeza de otro espectro...

»Es necesario, para concluir, engastar el hierro de Louvel en una ley, a fin de dar el último golpe a la familia proscripita? Si fuera llevada a esas playas por la tempestad; si Enrique, demasiado niño todavía, no tuviera la edad necesaria para ser llevado al cadalso, vos-

otros, los amos, concededle dispensa de edad para morir.»

Después de hablar al gobierno de Francia me vuelvo hacia Holy-Rood, y añado: «¿Osaré tomarme, al concluir, la respetuosa libertad de dirigir algunas palabras a los hombres del destierro? Ellos volvieron al dolor como al seno de su madre; la desgracia, seducción de que me cuesta trabajo defenderme, me parece que tiene siempre razón: temo herir su autoridad santa y la majestad que añade a grandezas insultadas que en lo sucesivo no tienen más encomiador que yo. Pero venceré mi debilidad, y me esforzaré en hacer oír un lenguaje que en un día de infortunio pueda preparar una esperanza a mi patria.

»La educación de un príncipe debe estar en armonía con la forma de gobierno y las costumbres de su nación. Ahora bien, no hay en Francia caballeros ni soldados de la oriflama, ni nobles cubiertos de hierro dispuestos a marchar en pos de la bandera blanca. Hay un pueblo, que ya no es el pueblo de otro tiempo; un pueblo que, cambiado por los siglos, no tiene los antiguos hábitos ni las añejas costumbres de nuestros padres. Ya se deploran o se ensalzan las transformaciones sociales ocurridas, hay que tomar la nación tal como está, los sucesos tales como son, y entrar en el espíritu de su tiempo, a fin de tener acción sobre ese espíritu.

»Todo está en las manos de Dios, exceptuando el pasado, que una vez caído de esa mano poderosa, no puede volver a ella.

»Llegará, indudablemente, la hora en que el huérfano salga de esa mansión de los Estuardos, asilo de mal agüero que parece extender la sombra de la fatalidad sobre su juventud; el último nacido del Bearnés debe confundirse con los niños de su edad, ir a las escuelas públicas, aprender todo lo que se sabe hoy día. Hágase el hombre más ilustrado de su tiempo; póngase al nivel de las ciencias contemporáneas; reuna a las virtudes de un cristiano del siglo de San Luis las luces de un cristiano de nuestros días; instrúyase con viajes de las costumbres y de las leyes; cruce los mares, compare las instituciones y los gobiernos, los pueblos libres y los pueblos esclavos; expóngase, si tiene ocasión, como simple soldado en el extranjero a los peligros de la guerra, puesto que no es apto para reinar sobre franceses el que

no ha oído silbar las balas, y entonces se habrá hecho por él todo lo que humanamente puede hacerse. Pero, sobre todo, guardaos de educarle en las ideas del derecho invencible; lejos de lisonjearle llevándole al puesto de sus padres, preparadle a no subir jamás: educadle para ser hombre, no para ser monarca; en eso estriban las mejores probabilidades.

»Basta ya: sea cual fuere el consejo de Dios, quedará al candidato de mi eterna y piadosa fidelidad una majestad de los tiempos que los hombres no le pueden arrebatarse. Mil años anudados a su frente juvenil le adornarán siempre de una pompa sobre la de todos los monarcas. Si en la condición privada lleva bien esa diadema de días, de recuerdos y de gloria; si su mano sostiene sin esfuerzo ese cetro del tiempo que le han legado sus abuelos, ¿qué imperio podrá echar de menos?»

El conde de Briquerville, cuya proposición combatí de esa manera, imprimió algunas reflexiones acerca de mi folleto, y me las envió con la siguiente carta:

«Caballero: He cedido a la necesidad, al deber de publicar las reflexiones que me han sugerido sus elocuentes páginas sobre mi proposición. Obedezco a un sentimiento no menos sincero, al deplorar encontrarme en oposición a usted, que, al poder del genio, reúne tantos títulos a la consideración pública. El país está en peligro, y esto me hace no poder creer en una disensión seria entre nosotros: esa Francia nos invita a reunirnos para salvarla: secundela con su talento: nosotros maniobramos, ayudándola con nuestros brazos. ¿No es cierto que en este terreno no pasará mucho tiempo sin que nos entendamos? Usted será el Tirteo de una nación cuyos soldados somos, y entonces me proclamaré con alegría el más ardiente de sus partidarios políticos, como ahora soy el más sincero de sus admiradores.

»Su muy humilde y obediente servidor,

»EL CONDE ARMANDO DE BRIQUEVILLE.»

»París, 15 de noviembre de 1831.»

Yo no me quedé atrás, y rompí contra el campeón una segunda lanza abortada.

»París, 15 de noviembre de 1831.»

»Caballero: Su carta es digna de un noble: dispénseme esta añeja palabra,

que va encaminada a su nombre, a su valor, y a su amor a Francia. Detesto, como usted, el yugo extranjero: si se tratara de defender mi país, no pediría llevar la lira del poeta, sino la espada del veterano, en las filas de sus soldados.

»Todavía no he leído sus reflexiones; pero si la situación política le indujera a retirar la proposición que tanto me ha afligido, ¡con qué placer me encontraría a su lado, sin obstáculo, en el terreno de la libertad, del honor, de la gloria de nuestra patria!

»Tengo el honor, caballero, de ser, con la consideración más distinguida, su más humilde y obediente servidor,

CHATEAUBRIAND.»

París, calle del Infierno, enfermería de María Teresa, diciembre de 1831.

Un poeta, mezclando las proscricciones de las musas a las de las leyes en una improvisación enérgica, atacó a la viuda y al huérfano. Como los versos eran de un escritor de talento, adquirieron cierta especie de autoridad que no me permitió dejarlos pasar: por lo tanto, hice frente a otro enemigo (1).

No se comprendería mi respuesta si no se leyera el libelo del poeta: invito, por lo tanto, a que se lean esos versos: son muy bellos, y circulan por todas partes. Mi contestación no ha visto la luz pública, y aparece por primera vez en estas *Memorias*. ¡Miseros debates en que vienen a parar las revoluciones! ¡Véase la lucha a que descendemos, nosotros, débiles sucesores de aquellos hombres que, con las armas en la mano, trataban las grandes cuestiones de gloria y de libertad agitando el mundo! Unos pigmeos hacen oír hoy su débil grito entre los sepulcros de los gigantes sepultados bajo los montes que habían derribado.

«París, miércoles por la tarde, 9 de noviembre de 1831.

»Caballero: He recibido esta mañana el último número de la *Némesis*, que me ha hecho usted el honor de enviar. Para precaverme contra la seducción de esos elogios, dados con tanta brillantez, gracia y encanto, necesito recordar los obstáculos que median entre los dos. Vivimos en dos mundos diferentes; nuestras esperanzas y temores no son los mismos: usted quema lo que yo adoro, y yo que-

(1) El señor Barthelemy ha pasado después al justo medio, no sin fuertes imprecaciones de parte de muchas personas que se adhieron bastante después. (Nota de París, 1837.)

mo lo que usted adora. Usted, caballero, se ha hecho grande, en medio de una multitud de abortos de julio; pero así como toda la influencia que atribuye usted a mi prosa no conseguirá, según usted, que se levante una raza caída; así, según yo, todo el poder de su poesía no abatirá esa noble raza: ¿será cosa de que ambos sostengamos dos imposibles?

»Usted es joven, caballero, como ese porvenir que sueña, y que le engañará: yo soy viejo, como ese tiempo en que sueño, y que se me escapa. Si viniera usted a sentarse a mi hogar — decía cortésmente —, reproduciría mis facciones con su buril; yo me esforzaría en hacerle cristiano y realista. Ya que su lira en el primer acorde de su armonía cantaba *mis Mártires y mi peregrinación*, ¿por qué no ha de concluir la carrera? Entre en el lugar santo: el tiempo no ha hecho más que arrancarme los cabellos como deshoja un árbol en invierno; pero en el corazón ha quedado la savia; todavía tengo la mano bastante firme para llevar la antorcha que hubiese de guiar sus pasos bajo las bóvedas del santuario.

»Usted afirma, caballero, que sería necesario un pueblo de poetas para comprender mis contradicciones de *reinos extinguidos y jóvenes repúblicas*. ¿No habría celebrado usted también la *libertad* y encontrado algunas palabras magníficas para los tiranos que la oprimen? Usted cita a las Dubarry, a las Montespán, a las Fontanges, a las La Vallière; recuerda debilidades regias; pero esas debilidades, ¿costaron a Francia lo que los desenfrenos de los Dantón y de los Camilo Desmoulins? Las costumbres de esos plebeyos Catilinas se reflejaban hasta en su lenguaje: tomaban sus metáforas del muladar de los infames y de las prostitutas. ¿Las fragilidades de Luis XIV y de Luis XV han enviado a los padres y esposos al patíbulo, después de haber deshonrado a las hijas y a las esposas? ¿Los baños de sangre hicieron más casta la impudicia de un revolucionario que los baños de leche hacían virginal la mancha de una Popea? Cuando los revendedores de Robespierre hubieran vendido al pueblo de París la sangre de los baños de Dantón, como los de Nerón vendían a los habitantes de Roma la leche de las termas de su cortesana, ¿cree usted que se hubiera encontrado alguna virtud en las lavaduras de los obscenos verdugos del terror?

CONSPIRACIÓN DE LA CALLE DE PROUVAIRES

París, calle del Infierno, últimos de marzo de 1832.

Estos viajes y estos combates terminaron para mí el año de 1831: a principio de 1832 una nueva trifulca.

La revolución de París había dejado sobre el suelo de esta capital gran cantidad de suizos, de guardias de corps, de hombres de todas clases, alimentados por la corte, que se morían de hambre, y a quienes unas buenas cabezas monárquicas, jóvenes y locas bajo sus cabellos grises, imaginaron enganchar para un golpe de mano.

Por otra parte, los héroes de julio, a quienes el justo medio había escamoteado la República, no deseaban otra cosa que ponerse de acuerdo con los carlistas para vengarse de un enemigo común, salvo el derecho posterior de matarse unos a otros después del triunfo. Habiendo preconizado el señor Thiers el sistema de 1793 como la obra de la libertad, de la victoria y del genio, se inflamaron varias imaginaciones jóvenes al fuego de un incendio, del que no veían más que el resplandor lejano; se complacían en la poesía del terror: horrible y loca parodia que hace retroceder la hora de la libertad. Eso es desconocer, a la vez, el tiempo, la historia y la humanidad; es obligar al mundo a retroceder hasta bajo el látigo del cómitre para librarse de esos fanáticos del cadalso.

Se necesitaba dinero para mantener todos aquellos descontentos, héroes de julio despedidos, o criados desacomodados, y se hizo una subscripción. En todos los rincones de París se celebraban conciliábulos carlistas y republicanos, y la policía, al corriente de todo, enviaba sus espías para que predicaran de un club a un granero la igualdad y la legitimidad. Informábanme de esos manejos, que yo combatía. Ambos partidos pretendían declararme su jefe en el momento cierto del triunfo; un club republicano me preguntó si aceptaría la presidencia de la República, a lo que contesté: «Sí, por cierto; pero después del señor de La Fayette», lo cual pareció modesto y conveniente. El general La Fayette iba algunas veces a casa de la señora Recamier; yo me burlaba algún tanto de su *mejor de las repúblicas*, preguntándole si no hubiera hecho mejor en proclamar a Enrique V y ser el verdadero presidente de Francia durante la minoría del re-

»La rapidez y la elevación del vuelo de su musa le engañó, caballero: el sol, que sonríe a todas las miserias, habrá herido los vestidos de una viuda, y le habrán parecido *dorados*: yo los he visto, y eran de luto; no sabían lo que eran fiestas: el niño, en las entrañas que le llevaban, no ha sido mecido sino al ruido de las lágrimas: si hubiera *bailado nueve meses en el seno de su madre*, como usted dice, sólo habría tenido alegría antes de nacer, entre la concepción y el parto, entre el asesinato y la proscripción. La palidez de infausto agüero que ha notado usted en el semblante de Enrique es el resultado de la sangría paterna, y no el cansancio de un baile de doscientas setenta noches. La antigua maldición también ha alcanzado a la hija de Enrique IV: *in dolore paries filios*. No conozco más que a la diosa de la Razon, cuyos partos, apresurados por adulterios, hayan tenido lugar entre las danzas de la muerte. De sus costados públicos se desprendían inmundos reptiles, que bailaban al punto con las calceteras alrededor del cadalso, al sonido de la cuchilla que subía y bajaba, estribillo de la danza diabólica.

»Le invito, caballero, en nombre de su raro talento, a que cese de recompensar el crimen y castigar el infortunio con las sentencias improvisadas de su musa: no condene al primero al cielo y al segundo al infierno. Si permaneciendo adicto a la causa de la libertad y de las luces, diese usted asilo a la religión, a la humanidad, a la inocencia, vería usted aparecer en sus vigiliatras otra especie de Némesis, digna de todos los homenajes de la humanidad. Hasta tanto que derrame usted mejor que yo sobre la virtud *todo el océano de sus mejores ideas*, continúe con la venganza que se ha creado usted, arrastrando al oprobio nuestras torpezas; derribe los falsos monumentos de una revolución que no ha edificado el templo propio para su culto; labre sus ruinas con la reja de su sátira; siembre sal en ese campo para hacerlo estéril, a fin de que no pueda germinar en él de nuevo ninguna bajeza; y le recomiendo, sobre todo, caballero, ese gobierno prosternado que anda salteando la altivez de las obediencias, la victoria de las derrotas y la gloria de las humillaciones de la patria.

»CHATEAUBRIAND.»

gio infante. Convenía él en ello, prestándose bien a mis chanzas, porque era hombre de buena sociedad. Cada vez que nos encontrábamos, exclamaba: «¡Ah! ¿vuelve usted de nuevo a la carga?» Yo le hacía convenir en que no había habido hombre mejor atrapado que él por su buen amigo Felipe.

En medio de aquella agitación y de aquellas conspiraciones extravagantes, entró en mi casa un hombre disfrazado, con peluca de grama en el colodrillo, y unos anteojos verdes sobre la nariz, que ocultaban unos ojos que veían muy bien sin ellos. Tenía los bolsillos llenos de letras de cambio, que enseñaba, y acto continuo, informado de que yo deseaba vender mi casa y arreglar mis asuntos, me ofreció sus servicios. No pude menos de reírme de aquel individuo (persona, por otra parte, de talento y de recursos), que se creía obligado a comprarme para la legitimidad. Llegando a ser sus ofertas bastante apremiantes, le mostré un desdén que le obligó a retirarse, y escribió a mi secretario este billete, que he conservado:

«Caballero: Ayer tarde tuve el honor de ver al vizconde de Chateaubriand, que me recibió con su bondad habitual: no obstante, me pareció advertir que no tenía ya su ingenuidad ordinaria. Dígame, le ruego, lo que haya podido retirarme su confianza, que aprecio sobre todo: si le han ido con chismes acerca de mí, no temo poner al descubierto mi conducta, y estoy dispuesto a responder a todo cuanto puedan haberle dicho: conoce demasiado la maldad de los intrigantes para haberme condenado sin oírme. También hay miedosos que obran así; pero no es de esperar que llegue el día en que se vea quiénes son las personas verdaderamente adictas. Me dijo que era inútil que me mezclase en sus asuntos, y lo siento, porque me complazco en creer que habrían sido arreglados según sus deseos. Sospecho, sobre poco más o menos, quién es la persona que le ha hecho cambiar en este punto: si en ocasión oportuna hubiera sido yo menos discreto, no habría estado siquiera en posición de perjudicarme con su excelente *principal*. En fin, no por eso le profeso menos adhesión; puede usted asegurárselo nuevamente, ofreciéndole mis respetuosos homenajes. Me atrevo a esperar que llegará un día en que pueda conocerme y juzgarme.

»Reciba, caballero, etc.»

Jacinto dió a este billete la siguiente contestación que le dicté yo mismo:

«Mi principal nada tiene de particular contra la persona que me ha escrito; pero desea vivir fuera de todo, y no quiere aceptar servicio ninguno.»

Después tuvo lugar la catástrofe.

¿Conoce el lector la calle de Prouvaires, calle estrecha, sucia, populosa, en la vecindad de San Eustaquio y de los graneros? Allí fué donde tuvo lugar la famosa comida de la tercera restauración. Los convidados iban armados de pistolas, puñales y llaves; luego de beber debían introducirse en la galería del Louvre, y pasando a media noche por entre dos filas de obras maestras ir a herir al monstruo usurpador en medio de una fiesta. El proyecto era romántico; había vuelto el siglo XVI, y podía uno creerse en el tiempo de los Borgias, de los Médicis de Florencia y de los Médicis de París, si se exceptúan los hombres.

El 1.º de febrero a las nueve de la noche iba yo a recogerme, cuando un hombre activo y el individuo de las letras de cambio forzaron mi puerta de la calle del Infierno para comunicarme que todo estaba preparado; que dentro de dos horas habría desaparecido Luis Felipe: venían a informarse de si podrían declararme jefe del gobierno provisional, y si yo consentiría en tomar con un consejo de regencia las riendas del gobierno provisional en nombre de Enrique V. Confesaban que el asunto ofrecía peligros; pero que, con eso, sería mayor la gloria que recogería, y que como yo convenía a todos los partidos, era el único hombre en Francia que estaba en posesión de desempeñar un papel semejante. Era aquello estrecharme demasiado: ¡dos horas para decidirme a aceptar la corona, dos horas para aguzar el gran sable de mameluco que había comprado en el Cairo en 1806! Sin embargo, no experimenté el menor apuro, y les repliqué: «Señores, ya sabéis que jamás he aprobado esta empresa, que me parece insensata. Si tuviera que mezclarme en ella, habría compartido vuestros riesgos y no hubiera aguardado a vuestra victoria para aceptar el precio de vuestros peligros. Sabéis que quiero seriamente la libertad, y tengo la convicción por los que manejan este asunto, de que no quieren libertad, y que, una vez hayan triunfado, empezarán por establecer el reinado de la

arbitrariedad. No tendrían a nadie, y mucho menos a mí para sostenerlos en sus proyectos; su victoria acarrearía una verdadera anarquía, y, aprovechándose el extranjero de nuestras discordias, vendría a desmembrar Francia. No puedo, por lo tanto, entrar en todo eso. Admiro vuestro leal ardor; pero el mío no es de la misma naturaleza. Me voy a acostar; os aconsejo que hagáis otro tanto, y mucho temo saber mañana por la mañana la desgracia de vuestros amigos.»

Tuvo lugar la comida; el dueño de la casa, que no la había preparado sino con autorización de la policía, sabía a qué atenerse. Los espías brindaban a voz en grito a la salud de Enrique V; llegaron las autoridades, agarraron a los convidados y derribaron una vez más la copa del trono legítimo. El Renato de los aventureros de la legitimidad era un zapatero de la calle del Sena, condecorado de julio, que había peleado con valor en las tres jornadas, hiriendo gravemente por Enrique V a un agente de la policía de Luis Felipe, como había muerto soldados de la guardia para expulsar al mismo Enrique V y a los dos ancianos monarcas.

Durante este asunto había yo recibido un billete de la duquesa de Berry, nombrándome *miembro de un gobierno secreto* que ella establecía en calidad de regente de Francia. Aproveché este motivo para escribir a la princesa la carta siguiente:

«Señora: Con el más profundo reconocimiento he recibido el testimonio de confianza y estimación con que me habéis querido honrar, el cual impone a mi fidelidad el deber de redoblar mi celo, sometiéndome siempre a la consideración de V. A. R. lo que me parezca la verdad.

»En primer lugar hablaré de las pretendidas conspiraciones, cuyo rumor habrá quizá llegado a oídos de V. A. R. Se afirma que han sido fraguadas o instigadas por la policía. Dejando a un lado el hecho, y sin insistir en lo que las conspiraciones (verdaderas o falsas) tienen de reprehensible en sí mismas, me concretaré a hacer observar que nuestro carácter nacional es a la vez demasiado ligero y franco para salir bien en semejantes empresas. Por esto es que hace cuarenta años estas especies de empresas culpables han salido constantemente mal. No hay cosa más común que oír a un fran-

cés jactándose públicamente de pertenecer a un complot, y contar todos sus detalles, sin olvidar el día, el sitio y la hora a algún espía a quien toma por un camarada; diciendo en voz alta o más bien gritando a los transeúntes: «Tenemos cuarenta mil hombres bien contados, y sesenta mil cartuchos; tal calle, número tantos, casa que hace esquina.» Y después ese Catilina se va a bailar y a reír.

»Sólo las sociedades secretas tienen una poderosa influencia, puesto que proceden por revoluciones y no por conspiraciones: tienden a cambiar las doctrinas, las ideas y las costumbres, antes de cambiar los individuos y las cosas: sus progresos son lentos, pero sus resultados seguros. La publicidad del pensamiento anulará la influencia de las sociedades secretas: la opinión pública será la que opere ahora en Francia lo que las congregaciones ocultas hacen en los pueblos no emancipados todavía.

»Los departamentos de Oeste y Mediodía, a quienes parece que se quiere impulsar a la desesperación por la arbitrariedad y la violencia, conservan ese espíritu de fidelidad que distinguió a las antiguas costumbres; pero esa mitad de Francia no conspirará jamás en el sentido estricto de esta palabra: es una especie de campamento en descanso sobre las armas. Admirable como reserva de la legitimidad, sería insuficiente como vanguardia, y nunca tomaría con éxito la ofensiva. La civilización ha hecho demasiados progresos para que estalle una de esas guerras intestinas de grandes resultados, recurso y azote de los siglos, a la vez más cristianos y menos ilustrados.

»Lo que hay en Francia no es una monarquía: es una república, y, en verdad, de la peor especie. Esta república está escudada por un trono que recibe los golpes e impide que vayan a herir al gobierno mismo.

»Además, si la legitimidad es una fuerza considerable, la elección es también un poder preponderante, aunque no sea más que ficticia, especialmente en este país en que no se vive más que de vanidad: la pasión francesa, la igualdad, está lisonjeada por la elección.

»El gobierno de Luis Felipe se entrega a un doble exceso de arbitrariedad y de oficiosidad en el que nunca pensó el gobierno de Carlos X. Se tolera ese exceso; ¿por qué? Porque el pueblo soporta me-

por la tiranía de un poder que él ha creado que el rigor legal de instituciones que no son obra suya.

»Cuarenta años de borrascas han quebrantado los espíritus más fuertes: la apatía es muy grande; el egoísmo casi general; todos se encogen para substraerse al peligro, conservar lo que tienen y vegetar en paz. Después de una revolución quedan hombres gangrenados que comunican a todos su peste, como después de una batalla quedan cadáveres que corrompen el aire. Si, como por ensalmo, pudiera Enrique ser transportado a las Tullerías sin incomodidad, sin sacudimientos, sin comprometer los menores intereses, estaríamos muy cercanos a una restauración; pero si, para conseguirla, se necesita siquiera pasar una noche en vela, disminuyen las probabilidades.

»Los resultados de las jornadas de julio no redundaron ni en provecho del pueblo, ni en honor del ejército, ni en ventaja de las letras, de las artes, del comercio y de la industria. El estado ha venido a ser la presa de los ministeriales de profesión y de esta clase que mira la patria en su olla y los negocios públicos en su hogar: es bastante difícil, señora, que conozcáis de lejos lo que aquí se llama el justo medio: figúrese V. A. R. una ausencia completa de elevación de alma, de nobleza de corazón, de dignidad de carácter; imagínese unas personas hinchadas con su importancia, hechizadas con sus empleos, locas por su dinero, resueltas a dejarse matar por sus sueldos, de los que nada en el mundo les haría separarse: es cosa para ellas de vida o muerte, y están sujetas a ellos como los galos a sus espadas, los caballeros a la oriflama, los hugonotes al penacho blanco de Enrique IV, los soldados de Bonaparte a la bandera tricolor: no morirán sino apurados sus juramentos a todos los sistemas, después de derramar su última gota de sangre sobre su último empleo. Tales eunucos de la casi legitimidad dogmatizan la independencia haciendo apalea en las calles a los ciudadanos, y encerrando a los escritores en los calabozos; entonan cánticos de triunfo, evacuando Bélgica a una infimación de un ministro inglés, y después Ancona por orden de un cabo austriaco. Entre las puertas de Santa Pelagia y las de los gabinetes de Europa se solazan henchidos de libertad y embarazados de gloria.

»Lo que he dicho acerca de las disposiciones de Francia no debe desanimar a V. A. R.; pero desearía que se conociese mejor el camino que conduce al trono de Enrique V.

»Sabéis mi modo de pensar referente a la educación de mi joven rey: mis sentimientos están expresados al fin del folleto que he puesto a los pies de V. A. R.: no haría más que repetir: «Que Enrique V sea educado para su siglo, con los hombres y por los hombres de su época.» Estas palabras reasumen todo mi sistema. Que sea educado sobre todo para no ser rey. Podrá reinar mañana, podrá no reinar jamás; pues si bien la legitimidad tiene las diversas probabilidades de ser establecida, de que voy a ocuparme al momento, podría, sin embargo, hundirse el edificio actual sin que saliera aquélla de entre sus ruinas. Tenéis, señora, el alma bastante fuerte para suponer, sin dejaros abatir, un juicio de Dios que sumergiera vuestra ilustre raza en los manantiales populares, así como tenéis el corazón bastante grande para alimentar justas esperanzas, sin dejaros deslumbrar por ellas. Ahora debo presentaros este otro aspecto de la cuestión.

»V. A. R. puede desafiarlo y arrostrarlo todo con su edad: le quedan todavía más años que recorrer que los transcurridos desde el comienzo de la Revolución. Ahora bien: ¿qué no han visto estos últimos tiempos? Cuando la República, el Imperio, la legitimidad han pasado, ¿no había de pasar la anfibia situación del justo medio? Pues qué, ¿sería para llegar a la miseria de hombres y cosas actuales, para lo que habríamos atravesado y gustado tantos crímenes, desgracias, talento, libertad y gloria? Pues qué, ¿habríamos visto a Europa trastornada; a los tronos hundiéndose unos sobre otros; a las generaciones precipitarse en la huesa con el puñal en el pecho, y al mundo agitándose en sus convulsiones por espacio de medio siglo, y todo eso para dar a luz la casi legitimidad? Se concebiría una gran República que saliera de este cataclismo social: al menos sería hábil para heredar las conquistas de la Revolución; a saber: la libertad política; la libertad y la publicidad del pensamiento; la nivelación de las clases; la admisión a todos los cargos; la igualdad ante la ley; la elección y la soberanía popular. Pero, ¿cómo puede suponerse que un rebaño de sórdidas

medianías escapadas del naufragio, empleen esos principios? ¡A qué proporción nos lo han reducido ya! Los detestan, y suspiran solamente por las leyes excepcionales: quisieran coger todas esas libertades bajo la corona que han forjado, como bajo una trampa, y luego entretendrían plácidamente con canales, caminos de hierro, embrollos de arte, arreglos de letras: mundo de máquinas de charlatanismo y de presunción llamado *sociedad modelo*. ¡Pobre de cualquier superioridad, cualquier hombre de genio, ambicioso de preferencia, de gloria y de placeres, y de fama, aspirante al triunfo de la tribuna, de la lira o de las armas, que llegara a sobresalir algún día en ese universo de aburrimiento!

»No habría, señora, más que una eventualidad para que la casi legitimidad continuara vegetando, y sería que el estado actual de la sociedad fuese el estado natural de esa misma sociedad en la época en que nos encontramos. Si el pueblo envejecido estuviese en armonía con su gobierno decrepito; si entre el gobernante y el gobernado existiese armonía de enfermedad y debilidad, entonces, señora, todo habría terminado para V. A. R., como para el resto de los franceses. Pero si no hemos llegado a la edad de la chochez nacional, y si la República inmediata es imposible, la legitimidad es la que parece llamada a renacer. Vivid vuestra juventud, señora, y tendréis los regios harapos de esa pobreza llamada monarquía de julio. Decid a vuestros enemigos que vuestra abuela, la reina Blanca, decía a los suyos durante la menor edad de San Luis: «No me altera el esperar.» Las hermosas horas de la vida os han sido dadas en compensación de vuestras desgracias, y el porvenir os dará tantas felicidades como días os haya arrebatado el presente.

»La primera razón que milita en favor vuestro, señora, es la justicia de vuestra causa y la inocencia de vuestro hijo. Todas las eventualidades no están contra el buen derecho.»

Después de desmenuzar las razones de esperanza que yo no alimentaba, pero trataba de abultar para consuelo de la princesa, proseguía:

»Ved aquí, señora, el estado precario de la casi legitimidad en el interior: en el exterior no es la posición más segura. Si el gobierno de Luis Felipe hubiera co-

nocido que la revolución de julio borraba las transacciones anteriores, que otra constitución nacional traía otro derecho político y cambiaba los intereses sociales, si hubiera tenido al principio de su carrera discernimiento y valor, hubiera podido, sin disparar un tiro, dotar a Francia de la frontera que le habían quitado; tan vivo era el asentimiento de los pueblos y tanto el estupor de los reyes. La casi legitimidad habría pagado su corona al contado con un aumento de territorio y se habría atrincherado detrás de ese baluarte. En vez de aprovecharse de su elemento republicano para marchar rápidamente, tuvo miedo de su principio; se arrastró por el suelo; abandonó a las naciones sublevadas por ella en favor de ella; de clientes que eran las convirtió en adversarias; apagó el entusiasmo bélico; cambió en un pusilánime deseo de paz una aspiración ilustrada de restablecer el equilibrio de las fuerzas entre nosotros y los Estados vecinos, de reclamar, por lo menos, cerca de esos Estados, desmesuradamente aumentados, los pedazos separados de nuestra antigua patria. Por debilidad de corazón y por falta de ingenio reconoció Luis Felipe tratados que no son de la naturaleza de la revolución, con los cuales no pueden vivir, y que los extranjeros mismos han violado.

»El justo medio dejó a los gabinetes extranjeros el tiempo de volver en sí y formar sus ejércitos. Y como la existencia de una monarquía democrática es incompatible con la existencia de las monarquías continentales, de esta incompatibilidad podrían surgir las hostilidades, a pesar de los protocolos, los apuros financieros, los temores mutuos, los armisticios prolongados, los despachos benévolo y las demostraciones de amistad. Si nuestra monarquía ciudadana se resigna a los insultos, si los hombres sueñan con la paz, los sucesos podrán imponer la guerra.

»Pero que la guerra hunda o no la casi legitimidad, sé que nunca pondréis, señora, vuestra esperanza en el extranjero: preferiríais que Enrique V no reinara jamás, a verle llegar bajo el patronato de una coalición europea: en vos misma, en vuestro hijo, es donde fundáis vuestra esperanza. De cualquier manera que se racione acerca de las ordenanzas, éstas no pueden en manera alguna alcanzar a Enrique V, que, inocente de todo, tiene a su favor la elección de los siglos y los infortunios de su nacimiento. Si la des-

gracia nos interesa en la soledad de una tumba, todavía nos enternece más cuando vela al lado de una cuna, porque entonces no es ya el recuerdo de una cosa que pasó, de una criatura miserable, pero que ha cesado de sufrir, sino que es una penosa realidad que entristece una edad que sólo debía conocer la alegría, y amenaza a toda una vida que nada le ha hecho y que no ha merecido sus rigores.

»Para vos, señora, hay en vuestras adversidades una autoridad poderosa. Vos, bañada en la sangre de vuestro esposo, habéis llevado en vuestro seno al niño que la política llamó *el hijo de Europa* y la religión *el hijo del milagro*. ¡Qué influencia no ejerceréis sobre la opinión cuando se os ve guardar sólo para el huérfano desterrado la pesada corona que Carlos X sacudió de su encanecida cabeza, y a cuyo peso se substrajeron otras dos frentes bastante abrumadas de dolores para que les fuera permitido apartar de sí esa nueva carga! Vuestra imagen se presenta a nuestra memoria con esas gracias de mujer, que, asentadas sobre el trono, parecen ocupar su sitio natural. El pueblo no abriga contra vos prevención alguna; compadece vuestros pesares; admira vuestro valor; conserva el recuerdo de vuestros días de luto, agradeciendo que os mezclaseis más tarde en sus placeres y que compartieseis sus gustos y sus regocijos; halla un encanto en la vivacidad de esa francesa extranjera, venida de una nación unida a nuestras glorias por las jornadas de Fornoue, de Marignan, de Arcola y de Marengo. Las musas echan de menos a su protectora, nacida bajo ese hermoso cielo de Italia que le inspiró el amor a las artes, e hizo de una hija de Enrique IV una hija de Francisco I.

»Francia, desde la Revolución, ha cambiado con frecuencia de directores, y no ha visto todavía a una mujer en el timón del Estado. Tal vez querrá Dios que las riendas de este pueblo indomable, escapadas de las manos devoradoras de la Convención, rotas en las manos victoriosas de Bonaparte, cogidas inútilmente por Luis XVIII y Carlos X, sean sostenidas por una joven princesa, que sepa hacerlas a la vez menos frágiles y más ligeras.»

Recordando, por último, a *Madama*, que había querido pensar en mí para formar parte del gobierno secreto, concluyo así mi carta:

«En Lisboa existe un magnífico monumento, sobre el cual se lee este epitafio: *Aquí yace Basco Figueira contra su voluntad*. Mi mausoleo será modesto, y no descansaré en él contra mi voluntad.

»Ya sabéis, señora, el orden de ideas en que veo la posibilidad de una restauración: las demás combinaciones estarían fuera del alcance de mi talento, y confesaría mi insuficiencia. *Ostensiblemente*, y proclamándome el hombre de vuestra elección, de vuestra confianza, es como encontraría yo alguna fuerza; pero ser ministro plenipotenciario nocturno, encargado de negocios cerca de las tinieblas, es cosa para la que no me siento con la menor aptitud. Si V. A. R. me nombrara públicamente su embajador cerca del pueblo de la *nueva Francia*, escribiría en gruesos caracteres sobre mi puerta: *Legación de la antigua Francia*. Sucedería lo que Dios quisiera; pero nada tendría que ver con adhesiones secretas: yo sólo sé hacerme culpable de fidelidad en flagrante delito.

»Señora, sin que rehuse a V. A. R. los servicios que tiene derecho a exigir de mí, le suplico que apruebe el proyecto que he formado de concluir mis días en el retiro. Mis ideas no pueden convenir a personas que poseen la confianza de los nobles desterrados de Holy-Rood: el mejor pasado y la antipatía lógica contra mis principios y mi persona renacerían con la prosperidad. Yo he visto rechazar los planes que presenté para el engrandecimiento de mi patria, para dar a Francia fronteras en las que pudiera existir al abrigo de las invasiones, para substrarla a la vergüenza de los tratados de Viena y de París. Me he oído llamar renegado cuando defendía a la religión; revolucionario cuando luchaba por fundar el trono sobre la base de las libertades públicas. Encontraría los mismos obstáculos, aumentados con el odio que los leales de la corte, ciudad y provincia hubieran concebido por la lección que les dió mi conducta en el día de la prueba. Tengo muy poca ambición y demasiada necesidad de descanso para hacer de mi adhesión una carga para la corona e imponerle mi presencia importuna. He cumplido mis deberes sin pensar ni por un momento que pudieran darme derecho al favor de una familia augusta: me considero feliz en que me haya permitido abrazar sus infortunios. Nada veo superior a este honor: ella no podrá encontrar servidor más celoso que yo, aunque

si otros más jóvenes y más hábiles. No me creo un hombre necesario, y creo que hoy ya no los hay; inútil para el presente, marchó a la soledad a ocuparme del pasado. Espero, señora, vivir todavía lo bastante para añadir a la historia de la Restauración la página gloriosa que promete a Francia vuestros futuros destinos.

»Soy, señora, con el más profundo respeto, de V. A. R. su más humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

La carta tuvo que aguardar un correo seguro: pasó el tiempo, y añadí a mi despacho la posdata siguiente:

«Paris, 12 de abril de 1832.

»Señora: Todo envejece pronto en Francia: cada día abre nuevas eventualidades a la política y empieza otra serie de acontecimientos. Nos encontramos ahora en la enfermedad del señor Perier y en el azote de Dios. He enviado al prefecto del Sena la suma de doce mil francos, que la hija proscripta de San Luis y de Enrique IV ha destinado al alivio de los desgraciados. ¡Qué digno empleo de su noble indigencia! Me esforzaré, señora, en ser el fiel intérprete de vuestros sentimientos. No he recibido en mi vida una misión con que me haya creído más honrado.

»Soy, con el más profundo respeto, etcétera.»

Antes de hablar del asunto de los doce mil francos para los *coléricos* que menciona la anterior posdata, hay que hablar del cólera. En mi viaje a Oriente no encontré la peste, la cual vino a visitarme a mi domicilio: la fortuna, en pos de la que había yo corrido, me aguardaba sentada a mi puerta.

INCIDENTES. — PESTES. — EL CÓLERA. — LOS DOCE MIL FRANCO DE LA DUQUESA DE BERRY. — MUESTRAS.

País, calle del Infierno, mayo de 1832.

En la época de la peste de Atenas, el año 431 antes de la era cristiana, habían ya asolado al mundo veintidós grandes pestes. Los atenienses se figuraron que habían sido envenenados los pozos; creencia popular renovada en todos los contagios. Tucídides nos ha dejado una

descripción del azote de Ática, copiada entre los antiguos por Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Lucano, y entre los modernos por Boccaccio y Manzoni. Es digno de notar que con motivo de la peste de Atenas no habla Tucídides una palabra de Hipócrates, así como tampoco nombra a Sócrates hablando de Alcibiades. Aquella peste atacaba primero a la cabeza, descendía al estómago, de allí a las entrañas, y, por último, a las piernas: si salía por los pies, después de haber recorrido todo el cuerpo, como una larga serpiente, se curaba. Hipócrates la llamó el mal divino, y Tucídides *el fuego sagrado*; ambos la miraron como el fuego de la cólera celeste.

Una de las pestes más espantosas fué la de Constantinopla en el siglo v, durante el reinado de Justiniano. El cristianismo había modificado ya la imaginación de los pueblos, dando nuevo carácter a una calamidad, así como había cambiado la poesía: los enfermos creían ver vagar espectros a su alrededor y oír voces amenazadoras.

La peste negra del siglo xiv, conocida con el nombre de la *muerte negra*, tuvo su origen en la China: se creía que corría bajo la forma de un vapor de fuego, esparciendo un olor pestífero. Se llevó las cuatro quintas partes de los habitantes de Europa.

En 1575 cayó sobre Milán el contagio que hizo inmortal la caridad de San Carlos Borromeo. Cincuenta años más tarde, en 1629, aquella infortunada ciudad fué nuevamente visitada por las calamidades de que Manzoni ha hecho una pintura muy superior al cuadro de Boccaccio.

En 1660 se renovó el azote en Europa, y en estas dos pestes de 1629 y de 1660 se reprodujeron los mismos síntomas de delirio de la peste de Constantinopla.

«Marsella — dice el señor Lemontey —, salía en 1720 del seno de las fiestas que habían señalado el paso de la señorita de Valois, casada con el duque de Módena. Al lado de aquellas galeras, adornadas aún con guirnaldas y cargadas de músicos, flotaban algunos buques que traían de los puertos de la Siria la más terrible de las calamidades.»

El buque fatal de que habla el señor Lemontey presentó una patente limpia, y fué admitido por un momento a pláti-